



CULTURA

La Semana Santa de Cuenca

Julián Recuenco Pérez

La Semana Santa de Cuenca, y no es chovinismo sino la percepción de una realidad reconocida, es sin duda una de las más importantes de cuantas se celebran a lo largo y a lo ancho de toda la geografía nacional; así lo demuestra el hecho de que es una de las pocas (junto a las de Málaga, Sevilla, Valladolid y Zamora) que ha sido declarada de interés turístico internacional. Sin embargo, es también una de las más desconocidas, como lo atestigua la gran cantidad de literatura (de mala literatura en realidad, en el sentido más crítico que se le puede dar al término) que ha generado desde un tiempo a esta parte: en algunas ocasiones se hace muy difícil al lector de esos artículos de revista sensacionalista a los que estoy haciendo referencia encontrar una sola verdad sobre la celebración escondida entre las abundantes calumnias que esos medios de comunicación vierten; incluso en cierta publicación de carácter informativo que fue editada por la Junta de Castilla-La Mancha hace pocos años, el número de páginas que le fueron dedicadas, a pesar de ser la única en toda la región que hace gala de ese título, era inferior al de otras celebraciones de este tipo.

Antes de entrar en detalle, dentro de lo que un artículo de estas características lo permite, en la Semana Santa de Cuenca, quiero explicar una cosa que no está muy clara incluso entre algunos de los que aman esta celebración. ¿Por qué es



Foto: Tomas F. Ruiz

una fiesta de carácter movable? ¿De qué depende el hecho de que unas veces se celebre en los últimos días de la primavera y otros años, sin embargo, se adelante incluso a los días fríos que, aún perteneciendo a la primavera astronómica, tienen más que ver con el invierno que con ésta? El hecho se debe a los ciclos lunares, pero no a sus caprichos, y por lo tanto tiene una explicación científica además de teológica: durante la celebración del concilio de Nicea, en el año 325, se estableció que la Pascua de Resurrección se celebrara en todo el mundo cristiano el domingo siguiente a la primera luna llena que siguiese al

equinoccio de primavera (aquella que entre los judíos era llamada de Parascève).

El origen de la Semana Santa de Cuenca

Hasta hace realmente muy poco tiempo, no se sabía con claridad cuáles habían sido los orígenes de esta manifestación religiosa, pero también cultural, que transforma a la ciudad del Júcar cada vez que la primavera se asoma a las dos hoces. La apatía de los nazarenos conqueses, nuestra falta de interés por ahondar en las raíces, por buscar en el pasado la verdad, más allá de una larga serie de mitos que son repetidos hasta la saciedad por los autores que han tratado el tema, ha sido la causa de ese desconocimiento general, hasta el punto de que una indecisa frase

RESUMEN:

Tras remontarse a los orígenes de la Semana Santa conquesa en la Edad Moderna el investigador Julián Recuenco se centra con más detalle en la evolución de esta manifestación religiosa y popular a lo largo del siglo XX, su vicisitudes durante la Segunda República; el encargo de nuevos pasos -entre otros al gran imaginero Luis Marco Pérez-, y la relativa crisis de este tipo de manifestación externa como consecuencia de la nueva orientación litúrgica de del Concilio Vaticano II. Por último se acerca al mal conocido fenómeno de Las turbas, su evolución y su manifestación en los últimos años.

del historiador Mateo López, que en nada habla de la Semana Santa en sí misma, fue bastante para originar un pasado legendario que sólo las últimas investigaciones se han encargado de desmentir.

La Semana Santa de Cuenca, ahora se conoce con absoluta claridad, nació en la ermita de San Roque, destruida a principios de la centuria pasada, bajo las llamas del fuego que fue originado por las tropas francesas que en la Guerra de la Independencia invadieron la ciudad. Allí, en el barrio que todavía recibe su nombre de la ermita desaparecida, muy cerca del convento de los franciscanos, y seguramente influenciada por ellos, nació, como en otras muchas ciudades y pueblos de España, la cofradía de la Vera Cruz, en la primera mitad del siglo XVI. Más tarde irían naciendo en su seno las primeras hermandades filiales, aquéllas que todavía forman parte hoy de la procesión del Jueves Santo. Después, el cabildo de la Vera Cruz, que también era el encargado de atender a los reos cuando estos iban a ser ajusticiados, se convertía en la Archicofradía de Paz y Caridad, al tiempo que los pasos que de él formaban parte eran trasladados a la iglesia de San Antón por la ruina de su sede primitiva. Desde allí siguen haciendo estación cada nueva Semana Santa.

Poco tiempo después llegarían también las procesiones de la madrugada y la noche del Viernes Santo, el otro día grande de la Semana Santa de la Contrarreforma. Primero fue la noche, con la fundación, en la década de los años sesenta de esa misma centuria y en la parroquia del Salvador, y por los grupos sociales dominantes y nobiliarios de la ciudad, del cabildo de Nuestra Señora de la Soledad. Después, la madrugada; hoy se sabe que el cabildo de San Nicolás de Tolentino, germen de las turbas y de las hermandades que participan aún en ese cortejo en cierto sentido incomprendido, debe retrasar su fundación hasta el año 1614, a pesar de que hace poco más de diez años se celebrara en Cuenca, erróneamente pero con toda pompa, el quinto centenario de la procesión.

Evolución de la Semana Santa de Cuenca en el siglo XX

Aunque a primera vista la celebración de la Semana Santa parece una tradición demasiado anclada en un momento del pasado, concretamente en los años más inciertos de eso que se ha venido a llamar de plena exaltación barroca, lo cierto es que refleja en las diferentes etapas de su devenir histórico los condicionantes sociales y políticos de cada periodo. Si el lector hace un ejercicio de imaginación y dibuja un gráfico en el que el eje de las abscisas corresponda a la secuencia anual de toda la centuria, y el de coordenadas a la situación real en la que se encontraba la Semana Santa en cada momento, tomando para ello el diálogo crisis-apogeo, lo que se encontrará será una línea sinuosa, con dos periodos claros de crisis (1931-1939 y 1960-1980), junto a otros dos en los que la curva se alza muy por encima de la media (1901-1930 y 1940-1960). A partir de 1980, la curva vuelve a elevarse, de modo que a partir de 1990 se puede encontrar otra vez en uno de los momentos más álgidos del proceso.

En efecto, los primeros años del proceso coinciden con una fase de lo que en historia política sobre todo se ha llamado periodo de la restauración; a ello se vino a añadir, a partir de los años veinte, coincidiendo en historia política con la dictadura de Primo de Rivera y su vuelta a un más duro conservadurismo, se produce en Semana Santa una aceleración de su curva ascendente. En este periodo se van a constituir las hermandades de Nuestro Padre Jesús Orando en el Huerto (de San Esteban) en 1923, y de Nuestra Señora de las Angustias, en 1925, cuyas imágenes venían desfilando desde principios de siglo bajo

el patrocinio de otras hermandades y entidades religiosas. Hacia aquellas mismas fechas también se produjo la fundación de la hermandad de Nuestra Señora de la Amargura con San Juan Evangelista, que igualmente llevaba tomando parte en el desfile del Miércoles Santo desde 1909. También es de destacar en este periodo el hecho de que fue entonces cuando se realizarían las primeras contribuciones imagineras de Luis Marco Pérez a la Semana Santa: en 1926, la hermandad del Paso del Huerto (del Jueves Santo) incorporaría al paso la talla del ángel; a finales del periodo se van a incorporar sus primeras grandes obras, la Santa Cena y el Descendido.

Aunque la proclamación de la Segunda República no afectó a la Semana Santa de Cuenca como lo hizo en otras ciudades de similar trayectoria procesional (en Sevilla, en 1932, sólo desfiló la cofradía de la Estrella, y al año siguiente no saldría ninguna), este hecho también influyó de manera indirecta. Las relaciones entre las cofradías y Marco Pérez fueron temporalmente cortadas, y por otra parte, apenas se observan nuevas incorporaciones, ni de hermandades ni de pasos, a los desfiles procesionales. Sólo se puede citar la creación de la hermandad de San Juan Bautista en 1934, y la nueva imagen de Jesús con la Caña, también de Marco Pérez, que sustituyó ya en 1936 a la que el año anterior se había partido durante el transcurso del desfile procesional. Por otra parte, hasta ese mismo año salieron sin demasiados problemas las procesiones conquenses, a pesar de que la corporación municipal había aprobado solicitar del gobernador la supresión de las mismas en un primer término, modificando su decisión ya en el mes de marzo con la oposición de algunos concejales. Desde luego, según las investigaciones realizadas por Angel Luis López Villaverde, lo que sí se rechazó fue la aportación gratuita de la banda de música y la subvención a la Cámara de Comercio para su organización, considerada por el consistorio como una actividad de carácter profano.

A estas alturas nadie es ya ajeno a la importancia que los difíciles años de la posguerra tuvieron para la posterior historia de nuestra Semana Santa; lo que no se ha dicho lo suficiente es el papel que el nacional-catolicismo tuvo en este proceso. Haría falta una investigación más sistemática del proceso, investigación que seguramente permitirá tomar algunas conclusiones claras e irrefutables; de momento, basta con examinar algunos nombres de los que formaron parte de los primeros trabajos de recuperación procesional: Cecilio Albendea, Emilio Sáiz, José Olivares, Manuel Benítez, Cayo Conversa, son algunos de esos nombres que figuran tanto en estas primeras comisiones anteriores a la Junta de cofradías como en las primeras listas del Ayuntamiento y de la Diputación. A pesar de todo, hay que reconocerles a estos reformadores de la Semana Santa todo lo que en aquellos difíciles años cuarenta hicieron para recuperar los desfiles procesionales.

Por lo que respecta a la crisis que se vivió en los años sesenta, el doctor Sánchez Herrero confirma la influencia negativa que sobre todo lo relacionado con la religiosidad popular tuvo la celebración del Concilio Vaticano II, celebrado entre 1962 y 1965: "*Desde el punto de vista eclesial, la celebración del Concilio Vaticano II, para España representó la incorporación de una religiosidad intelectual, esencial, pura, despojada de elementos accesorios, preocupada por la construcción del mundo más que por el culto público a la divinidad*". Esta religiosidad en cierto sentido más espiritualizada no pudo por menos que afectar a un proceso tan cultural, aún con todas sus contradicciones, como es la Semana Santa. Con todo ello contrasta, sin embargo, la fundación en 1973 de la Venerable Hermandad de Nuestro Padre Jesús Entrando en Jerusalén, y cinco años antes la de Jesucristo Resucitado, que de manera ya defi-

nitiva daban forma a las procesiones del Domingo de Ramos y el Domingo de Resurrección. Aunque puede parecer un contrasentido, no lo es en absoluto: el concilio Vaticano II daba más importancia en la Iglesia a las celebraciones gloriosas, especialmente la Resurrección, que a las dolorosas.

¿Y cómo afectó la situación social y política de los últimos años para hacer que esta fase de crisis se alejara, de manera definitiva, del marco procesional de nuestra Semana Santa? La respuesta parece clara: la incorporación de la mujer de forma masiva a los desfiles penitenciales. La respuesta es cierta, desde luego, pero queda por realizar una investigación más profunda también sobre este periodo de nuestra historia, buscando otros aspectos que pudieran contribuir a ello. En este sentido, y recogiendo las tesis del pensador italiano Antonio Gramsci en el sentido de que la defensa de los elementos populares y folclóricos gusta al pueblo, Sánchez Herrero ha hecho notar como la victoria del partido socialista en España intervino de forma favorable en el auge procesional de la Semana Santa de Sevilla, al haberse constituido en paladín de la religiosidad popular, no en cuanto a religiosidad sino en cuanto a lo que tiene de popular. A todo ello habría que añadir cierto alejamiento de todo cuanto habría significado el Concilio a partir de este momento. Como digo, falta por hacer un estudio serio del tema desde este punto de vista, examinando sobre todo las subvenciones recibidas antes y después de 1982, pero mientras tanto la posibilidad está abierta para este tipo de interpretaciones.

Sin embargo, ni el nacional-catolicismo ni la voluntad de los dirigentes socialistas explican por sí mismos la evolución de la curva de este gráfico imaginario; hace falta también una férrea voluntad de las capas sociales de base, ajenas en ambos casos a los intereses políticos de ambos grupos ideológicos. Del mismo modo, a las tesis emanadas del Concilio Vaticano II se vino a añadir en los años sesenta cierto desinterés de la sociedad española en general, también de la conquense en particular, por los temas populares, y sobre todo por aquellos que tuvieran que ver con la religión, para conseguir que el nivel de la curva iniciara el descenso.

El fenómeno desconocido de Las Turbas

Si por algo es conocida la Semana Santa de Cuenca fuera de nuestras fronteras ello es, hay que reconocerlo, por la extraña y en apariencia, sólo en apariencia, desorganizada procesión llamada oficialmente en la actualidad "Camino del Calvario", y popularmente "de las Turbas". Sin embargo, también es conveniente saberlo, cuando la información escapa del entorno que le es propio, a menudo pierde su contexto, y deforma por completo todo el sentido de las vivencias, de los sentimientos, de manera que lo que se produce en realidad es una deformación brutal de lo que se quiere contar. La Semana Santa de Cuenca ha sufrido en los últimos años ese proceso deformativo, que a menudo ha venido acompañado también con el deseo de algunos medios de comunicación de carácter nacional por conseguir historias falsas y sensacionalistas que vender a sus lectores desinformados.

En efecto, esta manifestación que sólo en la centuria que está próxima a finalizar se ha venido a denominar con este nombre, forma parte en realidad de un proceso histórico que fue común y propio de todas las hermandades de Jesús Nazareno; al menos, de todas aquellas que hunden sus raíces en los tiempos remotos del Barroco. Juan Aranda Doncel, historiador cordobés que ha trabajado el tema de las cofradías religiosas en su diócesis, ha encontrado en algunos documentos antiguos la pista de fenómenos parecidos en la ciudad del Guadalquivir y en su provincia; también Federico Fernández Basurte ha encontrado

procesos paralelos en la diócesis malagueña. En Cuenca, sin embargo, el proceso no sólo se ha mantenido vivo hasta la actualidad, sino que además ha alcanzado un desarrollo inusitado, hasta el punto de que sobre todo a partir del medio siglo presente ha pasado a conformar, a lo ojos al menos de los turistas, la procesión que da verdadera singularidad a nuestra Semana Santa.

En este fenómeno de las Turbas hay un antes y un después de los años sesenta. A partir de este momento, el grupo reducido que hasta entonces no había sido más que un pequeño corro casi privativo de unas pocas familias, se convirtió en una cosa muy diferente. Algunos jóvenes conquenses, que entonces estaban estudiando fuera de la ciudad, abrieron la procesión a un entorno social que hasta entonces había sido del todo ajeno a ella, lo cual, unido a una nueva forma de vivir el espíritu religioso, más cercano al folclore quizá que a la propia religión, convirtió la hasta entonces recogida procesión de la madrugada del Viernes Santo en una tumultuosa manifestación de clarines destemplados y roncros tambores de piel sin curtir. Desde este momento, la procesión ya nunca volvería a ser, para bien o para mal, lo que hasta ese momento había sido.

Hasta hace poco menos de una decena de años, el proceso de transformación había deparado a la ciudad y a su Semana Santa gran cantidad de inconvenientes, verdaderos problemas de orden público, de los que todos tenemos que arrepentirnos. Los medios de comunicación, televisión y prensa principalmente, intoxicaron a sus lectores con abundantes falsedades, producto unas veces de la desinformación de que hicieron gala sus redactores y enviados especiales, y otras de la indeseada manipulación periodística, falta de ética y contraria a todo código deontológico. Nosotros, también es cierto, no supimos en aquellos momentos salir al paso de aquellas mentiras publicadas en la prensa nacional. Nos mirábamos demasiado a nuestro propio ombligo como para darnos cuenta de que más allá de nuestra mirada, de nuestros oídos, existía también todo un mundo ávido por conocer la procesión tal como es de verdad. Aunque todavía resta mucho trabajo por hacer, el presente está empezando a cambiar a mejor.

¿Qué es en realidad todo este fenómeno de las Turbas? La respuesta es difícil, tanto que lo mejor para el forastero es sin duda que se acerque por la ciudad los días de la Semana Santa, y lo vea con sus propios ojos. Por mi parte, sólo puedo decir que muchos de los turbos que forman parte de la procesión son también, en las otras procesiones, banceros o incansables penitentes de fila y de tulipa. En mi memoria siempre permanecerán dos escenas de esta procesión, desconocida incluso para algunos nazarenos: el silencio logrado hace ya algunos años entre los espectadores, conquenses y turistas, precisamente por los turbos, al paso de la Virgen sobre una nube de azucenas y claveles blancos, y las profundas palabras que fueron pronunciadas por uno de esos hombres, religiosos a su modo, imborrables en el alma, en otra noche oscura de Viernes Santo. No todos los que llevan ese día la túnica morada, no todos los que portan en sus manos el bronco tambor de piel, son como ese turbo del recuerdo, lo sé; tampoco todos los banceros lo son, como tampoco lo son todos aquellos que durante esos días acuden a las iglesias para rezar o, simplemente, para reflexionar en su significado. En ninguna sociedad, en ningún grupo numeroso de personas, y la Semana Santa lo es, todos los garbanzos son blancos. ■